

3

Marcos, es un niño que va a ir a un colegio del Valle del Alagón en el que hay muchos niños y unos profesores muy buenos. La maestra les ha contado que pronto vendrá al colegio un niño nuevo llamado Miguel, al que deberían tratar muy bien y ayudarlo cuando lo necesitara. Ese día llegó y Miguel empezó las clases en el colegio de Marcos. Todos estaban en sus pupitres, cuando la puerta se abrió y vieron a Miguel, pero había algo raro, Miguel no caminaba, iba en silla de ruedas. Todos los niños, olvidándose de lo que la profesora les había explicado sobre cómo actuar hacia el nuevo compañero, se quedaron sentados en sus sillas y no querían ir a hablar con él; decían que no era como ellos, que no podía correr ni jugar. Miguel no se enfadó. Estaba ya acostumbrado a ser rechazado y a que los niños de su edad no quisieran jugar con él. A pesar de todo, estaba triste, pues no sabía por qué sus nuevos compañeros no se acercaban a él, no le conocían. La profesora, al ver aquella situación, reunió a todos los niños de la clase para explicarles de nuevo que Miguel es un niño como ellos y que puede hacer lo mismo. Aún así, ninguno quiso ser su amigo y Miguel, pasaba los recreos solo o en compañía de la profesora. Pronto Miguel comenzó a acostumbrarse al nuevo colegio y estaba muy contento porque realizaba muchas actividades a pesar de que sus compañeros le ignorasen. Una de esas actividades fue una salida

a la ermita de su pueblo, que está situado en la dehesa de Galisteo. Fue una excursión muy entretenida en la que todos los niños pasaron el día juntos: pero cuando llegó la hora de jugar, los compañeros de Miguel hicieron dos equipos y en uno, hacía falta un portero. Miguel no se lo pensó dos veces y se ofreció para jugar. A sus compañeros de clase no les gustó mucho esa idea, pero la aceptaron, por lo que Miguel se colocó entre dos encinas que simulaban los palos de las porterías y les demostró que era el mejor portero del mundo, ya que su equipo ganó porque no le marcaron ningún gol. Tras esa excursión, llegó otra; visitaron las murallas de Coria y su catedral, y cuando llegaron a clase de nuevo, la profesora les hizo dibujar lo que más les había gustado. Miguel hizo un dibujo tan parecido a la muralla de Coria, que sus compañeros iban viendo y dándose cuenta que tenían razón, no era como ellos, era mucho mejor. Además, a través de la Asociación de Padres del Colegio, ese curso visitaban las Carantoñas de Acehúche y la fiesta de los Negritos de Montehermoso y se bañaron en el Río Terte a su paso por Galisteo. Fueron pasando los días y Marcos sintió curiosidad por conocerle y por lo que podrían hacer juntos, por lo que una mañana, antes de entrar a clase, hablaron sobre cuáles eran sus dibujos favoritos, qué es lo que más les gustaba hacer en el colegio y de la cantidad de juguetes que tenían en sus habitaciones. Poco a poco, fue-



ron conociéndose más y cuando Miguel sintió confianza en Marcos, le contó su historia. Marcos se puso muy triste cuando le contó que había estado en otros colegios y que se había marchado porque sus compañeros se burlaban de él, ya que sentía que eso era exactamente lo que estaba ocurriendo en su clase. Pensó una solución para que Miguel no se marchase también de ese colegio. Lo que decidió hacer fue escribir una carta y pegarla en la puerta de su clase para que todos los niños la vieran:

"Yo soy Marcos, y es voy a hablar de Miguel. Miguel es un niño muy bueno, pero ha estado en muchos colegios porque niños como nosotros no le querían, no jugaban con él y siempre le molestaban. Aunque vaya en silla de ruedas, puede hacer las mismas cosas que nosotros: puede dibujar, leer, jugar, ver los dibujos y correr muy rápido con su silla. Yo no quiero que se vaya de este colegio. Es mi mejor amigo y quiero estar siempre con él". Cuando los niños leyeron esa carta, pensaron que Marcos tenía razón, y se dieron cuenta de que Miguel era uno más; un niño que podía realizar todas las cosas como ellos, por lo que creyeron que deberían pedirle perdón. Todo cambió. Ahora eran todos los niños los que querían estar con él, por lo que Miguel no se quería ir de ese colegio. En nuestro Valle del Alagón encontró algo que siempre buscó: amigos que le entendieran y compartieran con él.